

Comentario

La lectura: una forma de la felicidad

En un memorable y memorioso texto Jorge Luis Borges levanta el acta de su pasión y sabiduría sobre la lectura diciendo:

Montaigne apunta a que el concepto de lectura obligatoria es un concepto falso. Dice que si él encuentra un pasaje difícil en un libro, lo deja; porque ve en la lectura una forma de la felicidad (...) Yo he dedicado una parte de mi vida a las letras, y creo que una forma de felicidad es la lectura; otra forma de felicidad menor es la creación poética, o lo que llamamos creación, que es una mezcla de olvido y recuerdo de lo que hemos leído (...) Yo he tratado más de releer que de leer, creo que releer es más importante que leer, salvo que para releer se necesita haber leído.

El texto de donde fueron espigadas estas frases lleva el significativo título de *El libro*. Como es sabido para Borges el libro fue el camino por donde deambuló toda su vida y fue la lectura que iluminó ese camino, aún por sobre la oscuridad de su ceguera. Hombre que sabía destinado a la lectura y la escritura las vivió como una forma de la felicidad. El destino o vocación cuando es llevado hasta sus últimas consecuencias y se vive con plenitud de una u otra manera desemboca en la felicidad. En las palabras arriba convocadas, sin embargo, se da mayor relevancia a la lectura que al acto creador y es en aquella donde se alcanza la plena felicidad, incluso, Borges reafirma esto al darle más importancia a la relectura, lo que es entendible porque conduce a una profunda comunión con el autor leído. Es digno de meditar sobre la importancia de la relectura en un momento como el actual signado por lecturas apresuradas y superficiales o, como los especialistas dicen, por la lectura extensiva.

La relectura entraña un progresivo descanso hasta el corazón del texto, por lo que es una lectura intensiva. Para el gran narrador sudamericano es en la relectura donde se conoce a los verdaderos amigos, en otras palabras, los autores fundamentales para la definición de nuestra vida, sobre todo aquellos cuya elevada estatura espiritual nos modela a la manera de un verdadero maestro. Las enseñanzas y bellezas que se nos revelan con la relectura son precisamente esa forma de la felicidad que nos refiere Borges. Aunque a sus palabras cabría hacer el señalamiento de que no es que la lectura se distinga de la creación poética o de cualquier otra puesto que, parafraseando a algunos sociólogos, leer es en sí mismo un acto creador porque es un consumo productivo, jamás una acción pasiva. De ahí su continuación natural con la creación propia de la escritura. Esto, empero, no ensombrece la hermosa visión de la lectura que articula el texto de Borges, por el contrario, la realza confirmando la

indisoluble unidad que en su obra tienen lectura y escritura. Resulta a todas luces pertinente retornar en el presente a la visión borgeana de la lectura, cuando su práctica se ha enrarecido hasta el extremo de ocultar su sencillez radicada en la felicidad.

Por su propia naturaleza la felicidad no puede coludirse con la mercadotecnia masificadora. Lo que brinda el consumo de las mercancías es placer, que algunos con benignidad dirían que es un destello aunque degradado de la felicidad. El constante aumento del número de lectores desde mediados del siglo XIX fue aparejado con el aumento de la producción bibliográfica. El exceso acabó por convertir en una mercancía más a los libros: El transitar de un libro a otro sin incurrir en relecturas, brinda el placer suficiente que soslaya la felicidad. Situación que se agudiza ahora con las nuevas tecnologías que reproducen vertiginosamente los textos. Pero los reproducen fragmentados. El texto se convierte en esquirlas de información lo que redundo en que su lectura se convierta en un mero acto mecánico de desciframiento. Asimismo, al desarticularse la continuidad argumentativa del texto el pensamiento paraliza su movimiento perdiéndose su capacidad crítica, sólo reproduce lo que se le ofrece, no va más allá. Con el advenimiento de la sociedad de la información esta tendencia se fortalece, con lo que finalmente el sentido de la lectura se difumina. La mercancía de la información que sólo exige una rudimentaria descodificación de los textos brinda un estupefaciente placer, del que sólo se puede escapar por ese túnel de la felicidad que nos señaló Borges lo que significa recuperar la unidad y la continuidad del texto, cuyo seguimiento a su vez depura la actitud crítica del pensamiento. Sobra decir que al retornar a la sencillez de la lectura como una forma de la felicidad, nos hace más dueños de nosotros mismos, lo que permite que pongamos a nuestro servicio las nuevas tecnologías que difunden los textos y no que nosotros nos pongamos a su servicio. La lectura entendida como una forma de la felicidad es, pues, un viaje que nos lleva al encuentro con nosotros mismos, y ello no obstante que se deba atravesar por las evanescencias del espacio virtual que crea la tecnología.

Héctor Guillermo Alfaro